

Y cuando ayer en tu jardín, la tarde
 Veíamos morir,
 Y el sol más bello cuando tibio arde
 Comenzaba á partir;
 Y en alas de la loca fantasía
 A otro mundo mejor,
 Donde reinan perpetuos la alegría
 Y el celeste candor,
 Traslados nos vimos, y gozamos
 Tan inocente bien,
 Que más que mundo entrambos le juzgamos
 Trasunto del Eden;
 No á tales horas, niña, nombres pidas,
 Le sabes como yo;
 Es que de nuestras almas conqñadidas
 El *Idilio* brotó.
 ¿Y recuerdas las aves entonando
 Su mágico cantar,
 Y las flores sus tallos inclinando,
 Y el vago susurrar
 Del arroyo que manso se desliza
 Derramando al correr
 Jugos que el campo agreste fertiliza
 Y á las flores da ser;
 Y la sierra marcando allá á lo léjos
 Sus crestas en la luz,
 Mientras quitaba al dia los reflejos
 De la noche el capuz;
 Y más cerca la blanca chimenea
 Que el humo al exhalar
 Pregona paz, hogar, familia, idea
 De vivir para amar;
 Y en la altura la voz de la campana
 Que imponente llegó,
 Y en nombre hablando de la fe cristiana
 El cielo nos mostró....?
 Todo ello moduló la *Oda* más bella
 Que escrita nunca vi;
 Más bella aquella tarde porque en ella
 Estaba junto á tí.
 No quieras penetrar nombres y giros
 Que la fria razon
 Creó reglamentando los suspiros
 Que exhalaba el corazon;
 Piensa, y por ello tus instintos guía,
 Que de lo bello en pos,
 Está en la vida real la poesía
 Y es el poeta Dios!

Madrid, Mayo de 1884.

JOAQUINA BALMASEDA DE GONZALEZ.

SOMBRA PASADA.

A la Srta María de Jesús P.

¡Cuánto la amaba yo! ¡Cuán extasiado
 En su belleza angelical vivía!
 ¡Oh breves horas del Abril pasado!
 Ya, para no volver, me habeis dejado
 En el alma la imagen de María!

Era un cielo su espléndida hermosura
 Y en ese cielo un sol su rostro bello;
 Sobre su frente pura
 Como imperial diadema su cabello,
 De ardiente juventud rico tesoro,
 Derramaba gentil sus hebras de oro.

No habia más dios que ella
 En mi existir; como en la oscura noche
 En la negra extension hay una estrella,
 Cual la azucena en su nevado broche
 Guarda avara las perlas del rocío,
 Ella tambien guardaba
 Cada flor que brotaba
 Del fatigado pensamiento mio.

Mirarla era mi dicha apetecida,
 Mi tormento mayor era no verla,
 Pensar en ella siempre era mi vida,
 Y anhelaba ser Dios por poseerla.

¡Corrian las horas para mí llorando,
 Pasaba el dia para mí gimiendo:
 Las horas á las horas sucediendo,
 Los dias á los dias enlazando!...

Y al pasar, en mi alma iban dejando
 Cada cual el absintio de una pena;
 Las penas se formaban eslabones,
 Los eslabones en fatal cadena:

¡Cadena que enlazó dos corazones
 Dejando entre ambos una sima llena
 De odios, de desdenes, de ilusiones!...

¡Un año corrió así!... año tan largo
 Como el camino del infierno al cielo,
 Como el viaje á través de un lago amargo
 En que el desventurado peregrino
 Siente bajo su pié saltar el suelo
 Resbalando en el fango del camino.
 Partí despues hácia los patrios lares:
 Atravesé las ondas de los mares,
 Y allá á las playas de la madre España,
 Penetrando en selvática montaña,
 Arribé con un mundo de pesares.

Todas las tardes, desde allí, á María
 Le mandaba un recuerdo de ternura
 Con la postrera languidez del dia,
 Y acongojado de letal tristura,
 Sin cesar á los cielos le pedia
 Para ella una vida de ventura,
 Y que cesara pronto mi agonía.
 Mas, todo indiferente, todo mudo,
 Ni escuchaban mi súplica las flores,
 Ni llevaban las auras mis envios,
 Ni calmaban las aves mis dolores;
 ¡Todo era ajeno á los tormentos míos!...

Arrebataba el huracan las hojas
 De los árboles muertos desprendidas,
 Y yo las comparaba á mis congojas;
 Entre el lodo en desórden esparcidas,
 Deshechas en girones,
 Iguales á mis dulces ilusiones.

(Concluye en la pág. 72.)